

# Lengua, escuela e inmigración

JOSÉ IGNACIO VILA MENDIBURU  
La Vanguardia - 14/05/2001

Plantea nuevos retos educativos a la sociedad y al conjunto del profesorado la presencia, cada vez más importante, de niñas y niños que tienen como lengua propia una distinta del catalán o del castellano. A veces, se intenta ocultar la especificidad de la situación y se dan por buenos los instrumentos y los métodos empleados hasta ahora para posibilitar que la infancia aprenda la lengua catalana y la castellana independientemente de su idioma familiar. Creo que no es así y que hace falta pensar más en esta cuestión y ofrecer las ayudas necesarias para que el profesorado pueda realizar su trabajo.

Probablemente, lo primero que se debe decir respecto a esta realidad es que es imposible ofrecer modelos únicos de actuación, ya que las situaciones lingüísticas son muy diversas. Así, no es lo mismo para una criatura de 3 años que ha nacido en Cataluña y que habla bereber en casa, que para un niño bereber de 8 años, recién llegado, que se incorpora al primer ciclo de la educación primaria, momento de consolidación de las habilidades implicadas en la lectura y la escritura, o para una escolar de 14 años, también bereber, que escribe y lee perfectamente en árabe literario y que comienza a cursar el segundo ciclo de la enseñanza secundaria obligatoria.

Lo expuesto es sólo un ejemplo, ya que en la realidad se pueden dar otras muchas situaciones en relación con el momento de la escolarización y el dominio lingüístico del aprendiz. Por eso, en los últimos años, se ha enfatizado la "incorporación tardía" y se han utilizado recursos humanos y materiales para acortar el periodo de aprendizaje de la lengua de la escuela. Sin embargo, se ha pensado menos y se han hecho menos esfuerzos para intentar comprender las relaciones entre el tratamiento educativo de la lengua propia de esta parte de la infancia y el aprendizaje de la lengua de la escuela.

Cuando se piensa en esta cuestión se acostumbra a argumentar sobre la base del éxito de la inmersión lingüística para acceder a buenos conocimientos de catalán y de castellano. Si el programa es válido para la infancia que habla castellano, ¿por qué no lo ha de ser para la que habla otras lenguas? En esta argumentación se olvida que uno de los éxitos de la inmersión lingüística reside en el tratamiento exquisito de la lengua propia del alumnado. Es cierto que, en el caso del castellano, esto es posible sin excesivos problemas, ya que el profesorado es bilingüe y, por tanto, cuando un niño se comunica en castellano con su profesora, ésta no tiene problemas de comprensión y aunque mantenga su habla en catalán la comunicación no se ve entorpecida. No hace falta decir que el mantenimiento de esta condición -profesorado bilingüe- en el caso de la infancia extranjera es absolutamente imposible. Pensar que podemos tener un profesorado bilingüe en fula, inglés, mandinga, bereber, sueco, urdu, árabe y otras lenguas me parece impensable. Por tanto, el argumento de la inmersión lingüística a secas me parece un mal argumento para organizar la práctica educativa con estos escolares.

Tiene más interés reflexionar sobre las razones que subyacen a la importancia que la educación bilingüe en todas sus versiones -programas de mantenimiento de la lengua familiar y programas de cambio de idioma del hogar a la escuela- da a la lengua propia del alumnado y extraer conclusiones para la práctica educativa. Primero, la educación bilingüe parte de la idea de que la lengua se aprende haciendo cosas con ella y, por tanto, en la medida en que en la escuela se enseña y se aprende, un escolar que desea conocer una nueva lengua debe hacerlo a partir de las cosas que allí se hacen; es decir, aprendiendo desde ella. Segundo, lo más relevante en la educación bilingüe es querer hacer las cosas que la escuela propone y, además, querer hacerlas con quien las propone, el profesorado. Es decir, o la escuela tiene sentido y, desde sus actuaciones, se promueven actitudes positivas hacia las tareas de enseñanza y aprendizaje, o difícilmente puede cumplir sus objetivos lingüísticos. Y en tercer lugar, qué mejor manera de hacerlo que mantener actitudes positivas hacia las cosas que llevan los alumnos a la escuela y, en concreto, hacia su propia lengua. Si no es así, ¿alguien cree que los niños aprenderían la lengua de quien no valora y desprecia la suya?

Por eso, en vez de argumentar en abstracto sobre la bondad de la inmersión lingüística, se deberían buscar

estrategias para hacer posible que también esta parte de la infancia viera reconocida en la escuela aquello que lleva, en este caso su lengua.

Hay multitud de ejemplos diversos en la práctica del profesorado de Cataluña que tienen en cuenta este aspecto y que van desde la exquisitez en la pronunciación de los nombres hasta el dominio de formas rituales para decirse hola y despedirse, sin olvidar la decoración del aula y la escuela o la elección de los contenidos que enseñar y aprender. En cualquier caso, es importante romper estereotipos, no vivir del pasado y entender la importancia que tiene para todas las personas el desarrollo de la propia lengua como forma de autoestima y de mantenimiento de una autoimagen positiva.

*J. I. VILA MENDIBURU, catedrático de Psicología Evolutiva y de la Educación (UdG)*